

El Peregrino Apasionado

Por

William Shakespeare

Freeditorial 

- I -

Cuando jura mi amada estar hecha de verdades,
aunque sé que me miente, realmente la creo,
sólo por que me crea un joven inexperto,
poco diestro en las falsas estafas de este mundo.
Pienso de esta manera que joven le parezco,
aunque de sobra sabe que ya no soy tan joven.
Ingenuamente doy crédito a sus mentiras
ya que los dos negamos la sencilla verdad.
Pero, ¿por qué no dice que es falsa y embustera?
¿y por qué yo no digo que ya voy siendo viejo?
Quizás porque el engaño es conducta de amor
y en el amor la edad no quiere sumar años.
Igual que a ella la miento, ella miente conmigo,
y mediante mentiras, nuestro error halagamos.

- II -

Yo tengo dos amores. Consolador el uno
desesperante el otro. Tentadores espíritus.
Mi ángel bueno es un hombre, hermosamente bello
y el malo una mujer de mala catadura.
Por llevarme al infierno, mi ángel femenino,
sedujo a mi buen ángel y lo apartó de mí,
pervirtiendo a mi santo y haciéndole un demonio,
sedujo su pureza con su infernal orgullo.
Y que mi bello ángel se transformó en demonio,
es lo que me sospecho, aunque no lo aseguro,

pues lejos ya de mí y más aún, siendo amigos,
presiento que hay un ángel en el infierno de otro.

Nunca sabré que pasa y viviré en la duda,
hasta que el ángel bueno expulse al ángel malo.

- III -

¿No fue que la retórica celestial de tus ojos,
con la que el mundo nunca, discutir ha podido,
quién dio a mi corazón, este perjurio falso?

Los juramentos rotos no merecen castigo.
Traicioné a una mujer, pero probarte puedo,
que siendo tú una diosa, no cometí traición.
Mi voto era terrestre. Tú eres amor del cielo.

Si gano tu favor, se cura mi desdicha.

Aliento era mi voto y el aliento es vapor,
así pues, bello sol, que en esta tierra brillas,
exhala ese vapor que a ti te pertenece
y si quebranto el voto, la culpa ya no es mía.
Y si lo quebrantara, ¿qué tonto no es tan listo
que por ganar la Gloria no rompa un juramento?

- IV -

La dulce Citerea, posa junto a un arroyo
con el joven Adonis, un dechado de encanto.

Ella enamora al joven con mirar amoroso,
miradas que esta reina posee en exclusiva.
Por deleitar su oído le cuenta mil historias

mientras le muestra el cuerpo para captar su encanto.

Por despertar su amor le toca en todas partes,
con caricias tan suaves que a la pureza rinden.
Mas fuese que a su años, no entendía este juego
o porque no aceptaba su dulce ofrecimiento,
el bello adolescente no picaba el anzuelo,
sino que sonriendo se burlaba de todo.
Y al ofrecer su cuerpo tumbándose de espaldas
él se levanta y huye. ¡Oh! tímido insensato.

- V -

Si amar me hace perjuro, ¿cómo jurar que amo?
¡No debiera jurarse sino es a la belleza!
Y aunque ante ti perjuro me mostraré constante.
Mi pensamiento es roble pero ante ti es un mimbre.
Son tus ojos el libro que torna el buen estudio,
donde están los placeres que todo el mundo abarca.
Si el saber es estudio, saberse es suficiente.
Que experta es esa lengua que sabe describirte,
e ignorarte es el alma que te ve y no se asombra.
Bien merezco el elogio por admirar tus méritos.
Son tus ojos el rayo de Júpiter. Tu voz,
su trueno, aunque sin ira. ¡Oh, dulce llama y música!
¡Celestial cómo eres no aprecies los errores,
de mis loas al cielo, con mi terrestre lengua!

- VI -

Apenas seca el sol el matinal rocío
y ya el rebaño busca la sombra por los setos,
la bella Citerea, consumida de amor,
impaciente esperaba la llegada de Adonis,
a la sombra de un sauce que está junto al arroyo,
donde refresca el joven su gran melancolía.
Si cálido era el día, más ardiente está Venus,
recordando las veces que allí mismo se vieron.
Por fin llega el mancebo, arroja el manto al suelo
y se queda desnudo a la orilla del agua.
El sol miraba al mundo con sus ojos gloriosos,
pero no tan ardientes, como el mirar de Venus.
Esto lo advierte, Adonis, y se mete en el agua.
«¡Júpiter!», dijo ella, «¡quién pudiera ser ola!»

- VII -

Siendo mi amada bella es mayor su inconstancia.
Cual paloma es de suave, pero ni es fiel ni honrada.
Brillante cual cristal y cual cristal de frágil.
Más blanda que la cera y cual mohoso acero.
Blanco lirio con cierto adamascado encanto
y torna su belleza en la mayor perfidia.
¡Cuántas veces sus labios se unieron a los míos,
poniendo entre sus besos juramentos de amor!
¡Cómo creaba historias sólo por darme gozo,
inquieta por mi amor y temiendo su pérdida!
No obstante en aquel fondo de virtud proclamada,
fidelidad y llantos, había sólo un juego.

Ardía cuando amaba como paja en el fuego
y cual paja su amor tan pronto se apagaba.
Ensalzaba el amo para matar su encomio,
rogando amor eterno para después dejarlo.
¿Acaso era una amante o una infiel libertina?
Mala en el mejor caso y en ninguno excelente.

- VIII -

Música y Poesía concuerdan plenamente,
como debiera ser por ser ambos hermanos.
Así que nuestro amor debiera ser inmenso
puesto que tanto amamos los dos las mismas cosas.
A ti, te es grato Dowland cuyo son celestial,
encanta en su laúd el sentimiento humano.
A mí, me encanta Spencer, cuya profunda idea
por superarlo todo no precisa defensa.
Tú amas oír la música, tan dulce y melodiosa
del rey del instrumento que es Febo en su laúd
y yo en honda delicia, totalmente me anego
si siento a mi poeta iniciar cualquier canto.
Si a gusto de poetas el mismo dios las rige,
el mismo ser os ama a las dos que en ti moran.

- IX -

Bella era la mañana cuando la reina Venus,
pálida por la pena cual la blanca paloma,
por culpa de aquel joven tan altanero y libre,

bajaba de lo alto de una abrupta colina.
Llega, Adonis, con perros y su cuerno de caza.
Ella, cándida reina, con piedad amorosa,
prohíbe al cazador pasar de aquellos límites.
«Vi», le dice, «a un hermoso y bello adolescente,
herido entre estas matas por el vil jabalí,
en uno de sus muslos. ¡Oh qué triste visión!
¡Mira mi muslo!», dice, «aquí estaba la herida».
Adonis mira el muslo y ve más de una herida
y huyendo sonrojado, deja a la reina sola.

- X -

¡Flor y rosa tan dulce! cortada tan temprano,
arrancada en capullo y ajada en primavera.
Perla oriental brillante, apagada a destiempo,
ser tan bello matado por el dardo mortal.
Como ciruela verde que del árbol pendiera
y el viento hace caer antes de su momento.
Llorando estoy por ti sin causa ni motivo,
puesto que al fin y al cabo nada heredo de ti.
Sin embargo me dejas más que de ti esperaba,
pues déjame decirte que nada deseaba.
¡Oh, mi querida amiga, quería tu perdón
y sólo me has dejado tu eterno descontento!

- XI -

Junto al joven Adonis, está Venus sentada

a la sombra de un mirto. Comienza a cortejarle.
Cuenta al doncel que el dios Marte la perseguía
y como sucumbieron ambos a sus encantos.
«Así», dice, «el guerrero dios me tomó en sus brazos»,
tomando al bello Adonis entre sus propios brazos.
«Así», dice, «el guerrero dios me dejaba libre»,
pensando que el doncel iba a imitar sus modos.
«Así», dice, por último, «se adueñó de mis labios»,
y tomando sus labios lo besó largamente.
Mas al buscar aliento, él, se alejó de ella
y no quiso atender los ruegos a su gozo.
¡Ay! Si también pudiera tener cerca a mi dama,
para que me besara hasta que yo me fuera.

- XII -

Mal suelen convivir, Vejez y Juventud.
Una es todo cuidado, la otra regocijo,
mañana veraniega frente al tiempo invernal.
Verano caluroso frente al baldío invierno,
plenitud del esfuerzo frente al aliento corto.
La Juventud es ágil, al Vejez achacosa.
Osadía y calor frente al débil pasmado.
Juventud indomable frente a Vejez domada.
Vejez, yo te aborrezco ¡Oh, Juventud te adoro!
¡Oh admirable amor mío, mi amor es siempre joven!
Vejez, te reto. ¡Oh! Dulce pastor desaparece,
pues creo te has quedado ya demasiado tiempo.

- XIII -

Vano y dudoso bien suele ser la belleza,
relumbrante brillar que de pronto se esfuma,
una flor que en capullo, encuentra ya la muerte,
fragilísimo vidrio que por nada se quiebra.

Bien dudoso, brillar, un cristal, una flor,
pérdida, oscuridad, quiebra, que pronto muere.

Y como el bien perdido rara vez recobrado,
como el brillo apagado, ningún lustre abrillanta,
como las flores muertas, marchitas sobre el suelo,
como al roto cristal, no hay cemento que pegue.

De esta forma se pierde la marchita belleza
a pesar de la ciencia, los afeites y el costo

- XIV -

¡Feliz, noche y descanso! Más nada es para mí.

La noche que bendigo aleja mi descanso
llevándome a una cama puesta con todo lujo,
para que allí discurra sobre mi mala suerte.

¡Qué sigas bien! me dice «vuelve pronto mañana»
más, bien seguir, quién puede, si ha cenado dolor.

Sin embargo, al marcharme, sonrío dulcemente,
con desdén o amistad, no sabría decirlo,
aunque tal vez le agrade el juego con mi exilio
o tal vez más le agrade que vague por allí.

«Vagar» palabras hechas a sombras como yo,
que aún penando o pueden recoger el botín.

¡Oh, Señor! Cómo miran mis ojos al Oriente.
Mi corazón se abruma con la espera del alba,
que ordena a todo el mundo que el descanso se acaba.
Sin que me fíe mucho de lo que ven mis ojos.
Sentada, Filomena, canta y cuando la escucho
deseo el mismo tono que el canto de la alondra,
que da la bienvenida al alba con su canto,
alejando la oscura y somnolienta noche.
Cuando se va la noche yo corro hacia mi amada.
Mi corazón encuentra la esperanza en mis ojos.
Penar ya es un consuelo y el consuelo tristeza.
¿Por qué? Porque suspira y dice ¡hasta mañana!
Que las noches con ella se van rápidamente
y ahora los minutos son largos como horas,
aunque a veces se mofan siendo fases de luna.
¡Brilla sol! No por mí, da tu don a las flores.
Huye noche y que el día, robe parte de noche
y tú noche sé breve y vuelve a ser mañana.

- XV -

Era hija de un hidalgo, de tres la más hermosa
que amaba con su dueño tanto como es posible.
Mas vio al inglés más bello que pueden ver los ojos
y cambió su capricho.
Fue tan largo el combate que amor con amor tuvo
que o dejaba a su amor o mataba al gran noble.
Esta práctica en ambos era un proyecto duro
para la joven necia.

Mas descartar a uno era su gran dolor
y que no hubiera forma para ganarse a ambos,
pues de los dos el noble fue herido de desdén.

¡Y ella sin evitarlo!

Salió de aquella lucha el arte victorioso,
que al obrar el saber, se llevó a la doncella.
Y el hombre de experiencia le dio gozo a la dama.
Y así acaba mi canto.

- XVI -

Cierto funesto día vi el amor
-cuyo mes favorito es el de mayo-
una flor que agitaba su hermosura
jugando con el aire caprichoso.
A través de sus pétalos el viento,
invisible, comienza a buscar paso
y el amante, enfermo ya de muerte
deseaba se hálito del cielo.
«Aire», dijo, «así quiero triunfar,
como tú, cuando inflas tus mejillas.
Pero juré en el nombre de mi mano
no arrancarte jamás de tus espinas,
voto que no procede para el joven
que toma con sus manos la dulzura.
Por ella juraría el mismo Júpiter
que Juno es una negra de Etiopía
y negaría el mismo ser el Júpiter
con tal de ser mortal y darte amor.»

- XVII -

No comen mis rebaños,
no paren mis ovejas,
no corren mis carneros,
y todo es un desorden:
Negativas de amor,
reto a la lealtad,
el terco corazón,
de todo esto son causa.

He olvidado las danzas más alegres
y el amor de mi dama se ha perdido.

Allí donde su fe y amor reinaban,
hay un «no» bien plantado que no cambia
y una negra rencilla
me trajo esta miseria.

¡Oh, Fortuna, maldita y caprichosa,
ahora veo tu rabia y malhumor!

La inconstancia con más frecuencia en ellas que en nosotros,
se asienta y permanece.

Enlutado de todo me lamento
y desprecio el más mínimo temor,
que el amor me ha dejado como a un mísero.

Sometido y esclavo ya por vida,
mi corazón sangrante necesita
cualquier clase de ayuda o de socorro.

¡Oh, cruel y lamentable situación!
Mi corazón está lleno de hiel.

Mi flauta de pastor toco y no suena
y s doliente tañido las sonajas,
de mis tristes carneros cuando andan.
Mi perrillo que siempre alegre andaba
parece temeroso y ya no juega,
le resultan tan tristes mis suspiros
que a llorar más le invitan que a sus juegos
y acompaña mi mal con sus aullidos.
¡Cómo resuenan todos mi suspiros
rodando por el suelo despiadado!
¡Son igual que guerreros derrotados!
Las fuentes cristalinas ya no surten.
El canto de los pájaros no suena.
Las flores y las plantas están pálidas.
Las manadas inmóviles sollozan.
Los rebaños se duermen melancólicos
y a las ninfas les causa horror sus huellas.
Los placeres que tan bien conocemos,
nuestras alegres fiestas en los valles,
nuestras dulces veladas, han huido,
se perdió nuestro amor y Amor ha muerto.
¡Adiós y para siempre dulce moza!
Tu igual ni se verá ni se vio nunca,
para darme alegría o ser mi pena.
¡Oh, pobre Coridón!
Que solo ha de vivir
sin que exista un remedio que lo evite.

Si ha elegido tus ojos una dama
y has previsto el venado que tú caces,
deja que cense y rija la razón
y a tu imparcial persona la quimera.
Sírvede del consejo de algún sabio,
no demasiado joven ya casado.
Y al declarar tu voz, tu propio amor,
no suavices el tono hablando lento,
no sea que ella cele la sospecha
-el tullido descubre pronto al cojo-
Dile con sencillez lo que la quieres
y ofrécele tu amor y tu persona.
Complace con tus actos su deseo.
No repares en ser muy generoso
cuando el gesto merezca la alabanza
al oído del oro y su contacto.
«Que no hay torre, ni villa, ni castillo,
que una bala de oro no derribe.»
Sírvela con sumisa lealtad
y en el hablar procura ser sincero
y a menos que tu dama sea injusta
no pretendas cambiarla por ninguna.
Al llegar la ocasión no pierdas tiempo
en decirle tu amor, aunque te niegue.
Aunque incline al mirarte su entrecejo,
sus ojos se harán claros esa tarde
y nada le valdrá mostrar su enojo
después de haber mostrado su contento.
Queriendo repetir antes del alba

aquello que su orgullo rechazaba.
Aunque insista para probar su fuerza
 y prohíba y batalle y todo niegue,
 al final cederá su fortaleza
 cuando el uso le enseñe esta razón.
«Si fuésemos tan fuertes como el hombre
 no hubierais vos, tenido todo eso.»
La astucia y el engaño que ella usan
no se ve cuando muestran su fachada.
 Sus argucias y juegos conocidos
 ni el acecho del gallo los descubre.
¿No sabes de refrán que bien sentencia,
 que el no de una mujer no vale nada?
 Piensa que la mujer al hombre toma
 para pecar mejor y no ser santa.
 No existe el cielo y toda santidad
les llega con el tiempo y con la edad.
 Si el gozo de la cama fuera el beso,
 las mujeres serían matrimonio.
Mas callo, pues me temo hablo de más
 y si oye mi canto la que quiero
 no dudará en tirar de mis orejas
para que aprenda el labio a ser más cauto.
 Aunque el rubor seguro que le brota
 al oír traicionados sus secretos.

- XIX -

Ven a vivir conmigo y sé mi amor

y probaremos todos los placeres
que colinas y valles y hondonadas
y escarpadas montañas aseguran.
Nos sentaremos, ambos, en las rocas
para ver al pastor y sus rebaños
a la orilla de un río, donde cantan,
los pájaros sus dulces madrigales.
Te haré en ese lugar un bello lecho
con miles de fragantes ramilletes,
un sombrero de flores y un corpiño
bordado con las hojas de los mirtos.
Un cinturón de hiedra que te abrace,
con broches de coral y hebilla de ámbar.
Si te incitan amor, estos placeres,
ven a vivir conmigo y sé mi amante.

**

Respuesta de la amada

Si el Mundo y el Amor, fueran imberbes
y la voz del pastor la fiel Verdad,
tus placeres a mí me incitarían
a convivir contigo y ser tu amante.0

- XX -

Todo me sucedió, porque un buen día,
allá por el festivo mes de Mayo,
estaba, yo, sentado bajo un mirto
frente a un bosque dorado de arrayanes
viendo el gozo del ave y de los corzos

y el florecer del árbol y las plantas.
El ambiente prohibía los lamentos,
excepto los del triste ruiseñor,
ya que este pobre ave miserable
reclinaba su pecho en una espina
cantando la más triste cantinela.

Oírla despertaba la piedad.

¡Ay, ay, ay, ay! lloraba le pobre ave
¡Tere! otras veces exclamaba.

Y al oír su lamento de aquel modo
no pude contener mis tristes lágrimas,
pues su dolor, tan vivo era en su canto
que me puse a pensar en mis angustias.
¡Oh! Pobre ruiseñor que en vano lloras,
nadie se apiadará de tus dolencias.

El insensible árbol no te oye.

No esperes de las bestias que te animen.

El Rey Poidón ha muerto, desgraciado
y sus amigos yacen bajo lápidas.

Te ignoran tus congéneres y cantan
ajenos a la pena que te embarga.

Como a ti, pobre ave, de igual modo,
nadie me compadece ni consuela.

La inconstante Fortuna sonreía
mientras fuimos nosotros engañados.
Quien se sirve de todo adulamiento,
no suele ser amigo en la desgracia,
las palabras son galas para el viento
y al amistad difícil de encontrar.

Todos querrán servirte y ser tu amigo

mientras sean tus bienes generosos,
 más apenas tu bolsa se vacíe,
no encontrarás en nadie ayuda alguna
 y si alguno resulta generoso,
 se dirá que es magnífico su gesto
y escuchará estos máximos halagos.
 ¡Qué lástima no sea nuestro rey!
Más si adicto a los vicios se somete
 le tenderán mil trampas cada día
 y si prefiere el goce de las damas
las mujeres, también le humillarán.
Que si el ceño le frunce la Fortuna,
 ya puede despedirse de su fama
y aquellos que lamían bien sus manos
 ya no querrán tener su compañía.

 El amigo leal y verdadero
es oportuno siempre en su socorro,
 llorará con sus ojos tu tristeza
 y celará tu sueño en duermevela.
Y en la pena que tenga el corazón
 soportará la parte que más duela.
Estas señales, ciertas, nos distinguen,
quien es amigo fiel y quien te adula.

FIN

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es